

EL LENGUAJE SIMBÓLICO DEL RITUAL PÚBLICO DURANTE LA MODERNIDAD EN NAVARRA

*Pablo Orduna Portús*¹

Los signos conforman un lenguaje mediante el cual tanto los individuos como las comunidades que estos integran traducen realidades y experiencias propias. El sistema simbólico que define a una colectividad cultural es el lenguaje con que ésta logra ubicar cuanto acontece en su interior y a su alrededor. En la Edad Moderna el escenario público fue el lugar idóneo donde a través del ritual, la emblemática pública y el arte efímero las elites sociales lograron hacer llegar su mensaje al pueblo a la par que éste a sus gobernantes. En aquel momento el lenguaje de los símbolos, como idioma inconsciente, permitió una visualización clara del discurso político y social a una población en su mayor parte analfabeta y alejada de los centros de la cultura moderna. En la memoria colectiva existen imágenes profundamente instaladas, que forman parte de nuestra propia cultura. Reflejan aspectos fundamentales de la forma en que una sociedad muestra su identidad. El símbolo se convierte así en referente de una comunidad, en una interpretación colectiva pero también subjetiva que deriva de cada uno de los miembros que conforman el grupo humano al que hace referencia.

Durante la Modernidad existió una concepción plural de la corona hispánica, concebida no obstante como potencia rectora de la cristiandad en Europa y el mundo. En torno a esta visión se estructuró la identificación colectiva de los diferentes reinos peninsulares. Juan de Palafox y Mendoza en su *Juicio interior y secreto de la Monarquía para mí solo* expresó esta concepción de la siguiente manera: *"No es Monarquía un reino grande por poderoso que sea, si no domina sobre otros grandes y poderosos. Castilla no fue Monarquía cuanto bien fuese Reino poderoso, porque estaba ceñida de Aragón, Navarra, Portugal y Granada, que la contenían [...]. Castilla tampoco echados los moros de Granada y unida con Aragón, Cataluña y Navarra, Nápoles y Sicilia, no era Monarquía, porque tenía tan cerca dos Coronas, y la una tan grande como Francia y Portugal y otras que le hacían oposición. Cuando comenzó pues a ser Monarquía la de España fue cuando, asegurado lo de Italia por el Rey Católico, ampliado por el Emperador Carlos V con el estado de Milán, los Países Bajos y Borgoña; añadido lo de Portugal e India Oriental por Felipe II; obedientes las Indias Occidentales; agregados los Países Bajos; cabeza y superior de Alemania la Casa de Austria por segunda línea, fue vencida Francia, su Rey preso, se retira Solimán, tiembla el mundo y se hizo superior España a todas las naciones de la Europa, comparable a todas las mayores de África y América"*².

No obstante, el Conde Duque de Olivares en su 'memorial secreto' de 1624 señalaba a Felipe IV la conveniencia de que se propusiera ser rey de España, en vez de soberano de cada uno de los reinos que componían la Corona³. Ante esta nueva concepción del poder real contraria a la visión diferenciadora y

dualista presente hasta el momento surgieron fuertes resistencias en cada rincón del territorio peninsular. Todas ellas culminaron en conflictos bélicos como la guerra de Cataluña en 1640 y la de independencia portuguesa del mismo año. Concluidos los enfrentamientos en tierras catalanas y tras finalizar la Guerra de los 30 Años en el continente, las aguas volvieron a su cauce retomándose el esquema de poder horizontal y dual entre los reinos del Imperio.

En Navarra podemos observar el deseo defensa y recreación de la propia memoria colectiva con respecto a los reinos vecinos ya desde el siglo XVI en las diferentes entradas reales y festejos públicos celebrados a lo largo del territorio. Uno de los principales vehículos de transmisión de las bases fundamentales y fundacionales de la identidad del Reino fue la imagen simbólica en sus diferentes variantes. Tras la guerra civil y la invasión del rey Católico en Navarra se vivió una inicial etapa de tensión continuada. Por ejemplo, en el caso de las entradas reales éstas distaron mucho de las celebraciones triunfales de carácter renacentista que se celebraban por entonces en Italia⁴. Según Strong "*estos festivales no eran únicamente una forma de entretenimiento, sino que estaban concebidos para ser interpretados*"⁵. Las entradas reales se convertían así en escenarios idóneos para expresar los diferentes valores constitutivos de la comunidad política donde se efectuaban⁶. Antes de cualquier constitución o notificación escrita los gobernantes necesitaban el ritual (y por ende el lenguaje gráfico y simbólico) para hacer llegar al exterior sus deseos, inquietudes y quejas⁷.

Cuando en 1523 el emperador hizo escala en Pamplona en su viaje a la capital de Ultrapuertos, comandaba un ejército de 24.000 hombres que crearon pavor y dejaron a la población 'desmayada' y sin ánimo de festejo alguno⁸. Al llegar a la capital de la Baja Navarra un testigo de dicha localidad aseguró que "*anteayer era un placer ver esta villa; agora parece el Diablo*"⁹. Dos décadas después, en 1542, la capital del Viejo reino recibió la visita de Carlos I junto a su hijo el príncipe Felipe y acompañado de 1.500 soldados. El emperador simplemente asistió a misa en la catedral y se dedicó a examinar los parapetos, castillos y murallas defensivas de la ciudad¹⁰. Floristán Imízcoz cree que la situación estratégica de Navarra y en concreto de Pamplona, a pesar de los escasos hechos de armas ocurridos en el territorio (1536, 1543 y 1558), pesaba sobre la vida política y económica del lugar, lo cual no hacía propicia ninguna manifestación simbólica de su propia identidad¹¹.

Ya en la segunda mitad del siglo XVI, y tras la firma en 1559 del tratado de Cateau-Cambrésis, la coyuntura internacional cambiaba y con ello las aspiraciones del reino navarro. Felipe II contraía matrimonio con la hija, niña aún, de Enrique II de Francia, doña Isabel de Valois. En Navarra las luchas y desavenencias de los bandos beamontés y agramontés desaparecían y se comenzaba a aceptar la nueva realidad política¹². No obstante, en el mismo contexto comenzaba a surgir una conciencia entre la población de ser un Reino de glorioso pasado, superviviente de la conquista y con un autogobierno digno de ser defendido¹³. El nuevo ambiente de paz y la recuperación de la memoria colectiva se vieron reflejados en las expresiones plásticas y alegóricas diseñadas para la entrada de Isabel de Valois en Pamplona de camino a la Corte madrileña¹⁴.

Si en Estella en 1523 con motivo de la entrada de Carlos I los regidores habían renovado sus vestimentas, exigido la presencia del clero, de un palio y de un estandarte, se habían entregado las llaves de la ciudad al rey y realizado diferentes juramentos, en 1560 ante Isabel el mensaje del programa decorativo fue

mucho más contundente¹⁵. El palio que contemplaría doña Isabel en Pamplona llevaba bordadas las armas de la ciudad y en los vacíos las iniciales de los monarcas (F e Y) con coronas de oro. El recorrido fue embellecido con ramas de pinos y acebos de los que colgaban escudos de la ciudad y a la entrada del puente se situaron hojas de laurel. Durante todo el recorrido la reina fue acompañada por los regidores ricamente vestidos. La disposición y decoración del recorrido inicial intentaba rememorar, tal como señala Usunáriz, la antigüedad clásica de la ciudad moderna, otorgándole un carácter casi mítico que giraba en torno a la figura del fundador romano Pompeyo¹⁶.

Los mensajes estaban agrupados en tres motivos principales: la celebración de la paz firmada y la celebración de la boda del monarca, la importancia de Pamplona como puerta de la Corona a Europa y, por último, como recordatorio de la identidad del reino en el seno de la Monarquía dual¹⁷. Estos dos últimos aspectos son los que más nos interesan a la hora de analizar y comparar las situaciones dadas a la hora de diseñar la decoración de la ciudad en las visitas de Felipe II y Felipe IV. Seguiremos en el caso de la entrada real de Isabel de Valois el magnífico trabajo del profesor Usunáriz, que ya analizó dicho evento cívico, político y festivo, con el fin de poder comparar este episodio con los posteriores de carácter similar vividos en el Reino durante la Modernidad¹⁸. A través de este estudio comparativo podemos apreciar la importancia del símbolo a la hora de representar y dar a conocer la identidad colectiva y los intereses propios de una comunidad.

Pamplona, como ya se ha dicho, no quiso perder la oportunidad de ensalzar su antiguo origen en la entrada de Isabel de Valois, pero tampoco su 'comunidad' con los monarcas pasados. Al respecto de la fundación por parte de Pompeyo, la ciudad erigió dos estatuas pintadas frente a la casa del Regimiento representando a Marte y a Magno Pompeyo. El primero, dios de la guerra, recordaba el carácter de plaza fuerte de la ciudad y la segunda mostraba a quien reedificaría la vieja Iruñea dándole el nombre de Pompaelo. Ambas imágenes sujetaban las armas de la ciudad con un letrero encima que rezaba: "*Urbs apud ysta Nauarre ferthae este mima corone quam tibi custodit nobilis iste leo*". Para señalar su vinculación con los reyes del Viejo Reino la ciudad dispuso que al acercarse la comitiva a la plazoleta de la Navarrería se encontraran con la estatua de Carlos III de Navarra, quien había logrado la Unión de los tres burgos de la ciudad. Junto a estos artificios, otros símbolos recordaban a lo largo de las calles de Pamplona su papel como antigua capital de los tres reinos de Navarra, Castilla y Aragón. A la entrada de la calle Mayor un arco de treinta pies de alto adornado con columnas, cornisa y frontispicio servía de escenario para una mujer armada que representaba a la urbe. Ésta, desnuda, portaba tres coronas que representaban a cada uno de los reinos peninsulares ya citados. Junto a ella un letrero sentenciaba: "*Urbs antiqua tuum felicem máxima princeps gratulor aduentum Pompeionipsa tua*". Más delante dos leones portaban pendones con los escudos de Navarra y otro dorado guardaba las ocho coronas de los reinos hispánicos. En el friso se leía "*Hanc facit imprimis felicem transitus yste hec capit hoctam tum prima q. Porta decus*". Junto a todo este mensaje iconográfico, los discursos del alcalde, Luis Elío, recordaban al monarca sus compromisos para con los privilegios hasta entonces vigentes y le solicitaban nuevas mercedes¹⁹. El concepto de Pamplona como capital permanente del Reino, a pesar de no haber sido convocadas reuniones de Cortes o de la Diputación en ella, no se creó hasta la década

siguiente. Sin embargo, algunos de los motivos del recorrido de doña Isabel ya comenzaban a crear esta nueva figura institucional de la ciudad anteriormente móvil por las diferentes urbes del reino navarro²⁰.

El Reino no dudó tampoco en estar presente en el recorrido de la joven esposa del monarca por la ciudad. Todo ritual proporciona una narrativa y en 1560 Navarra supo disponerla de forma valiente e inteligente. Según Usunáriz, lo que ahí se presentaba era "*una imagen histórica del reino, que se había ido forjando durante la Edad Media y que llegó a las puertas del XVI si no madura, si diseñada en lo que serán sus trazos fundamentales*"²¹. Buscando información en los cronistas más leídos de la época el diseño de la entrada utilizó, en estricto orden cronológico, las figuras de cuatro reyes navarros como símbolos de lo que Navarra como Reino había sido y debía seguir representando. En primer lugar, cerca de la iglesia de San Lorenzo, aparecía Iñigo Arista vestido a lo militar con corona de oro y un escudo de armas donde ardían las aristas. Dicho monarca en la Crónica de Don Carlos, príncipe de Viana de mediados del siglo XV era tenido como "*rey primero de Navarra e señor de Aragón*"²². El siguiente en ser representado sería Sancho Abarca a la entrada de la antigua rua de la Cuchillería, coronado y con abarcas de oro mostrando en su escudo tanto las aristas del anterior como el calzado que lo apodaba. En la base de la estatua aparecía escrito: "*Don Sancho Abarca, tercero rey de Navarra*". Lo milagroso que acompañó a este soberano desde su nacimiento permitía entender a los habitantes del reino sus numerosas victorias contra el musulmán en la Reconquista peninsular, a la vez que demostraba la fidelidad del Reino a la fe, fidelidad más que necesaria en momentos de cambios a la entrada de la Era Confesional que iba a transformar Europa entera.

Siguiendo a don Sancho estaba su tocayo Sancho el Mayor en dirección a la plaza del Castillo, mostrándose como rey de Navarra, Castilla y Aragón y señalándose como aquél que "*hizo reino a Castilla siendo condado*"²³. Según Miranda y Ramírez Baquero, ya en la *Suma abreviada de las coronicas de Navarra* de Sancho de Alvear (1516), "*incluye sobretodo un texto laudatorio del reino y destaca su preeminencia sobre las demás monarquias peninsulares, así como el rancio linaje de sus reyes, de quienes descienden todos los demás de España*"²⁴. El último rey en ser presentado en las calles de Pamplona fue Sancho el Fuerte, mostrado como aquel victorioso caballero que en las Navas de Tolosa logró acabar con las cadenas del cerco de Miramamolín en el puerto de Muladar. Se vuelve a recoger de nuevo el compromiso del reino en la lucha contra el moro a la vez que éste es representado por las cadenas que configuraran el escudo de Navarra²⁵.

Usunáriz opina que el ideario de este programa representativo y efímero acogerá el punto de partida para otras representaciones posteriores en el tiempo, tan lejanas algunas como la decoración del Palacio Real por parte de fray Martín de Sarmiento a mediados del XVIII o la del palacio de la Diputación a mediados del XIX²⁶. En tres ocasiones semejantes a ésta, tanto el Reino, su capital como otras localidades de Navarra hicieron saber al monarca su posición ante las diferentes coyunturas internas e internacionales en las que se veía inmersa la Corona. Nos referimos a la entrada de Felipe II en Pamplona en 1592, la de Felipe IV en 1646 y la 'llegada' de Alfonso XIII en Agosto de 1902. En esta comunicación centraremos nuestra atención en las dos primeras, de época moderna, para evaluar la carga ideológica que poseían los mensajes transmitidos a ambos monarcas

mediante los programas decorativos dispuestos. Las construcciones efímeras dejaban sentir en su diseño y planificación la angustia de un Reino en dos etapas diferentes de la consolidación del mismo dentro del marco político castellano. Podremos comprobar los diferentes estados de ánimo que se vivían con respecto a la ya mencionada visita de Isabel de Valois.

El día 20 de noviembre de 1592 Felipe II esperaba el recibimiento en el paraje llamado La Taconera, 'extramuros' de la ciudad de Pamplona²⁷. Una carpa protegía al Rey de la intensa nevada y el mal tiempo que le había estado acompañando durante largo tiempo en su viaje por los territorios del norte peninsular. Siguiendo el relato de Eduardo Cock sabemos que el monarca partió de Madrid el 30 de mayo habiendo avisado ya de su deseo de celebrar Cortes para Aragón en Tarazona hacia el mes de noviembre²⁸. Los graves disturbios provocados por el encarcelamiento y fuga de Antonio Pérez en Zaragoza, así como la ejecución del caballero don Juan de Lanuza no habían hecho sino acrecentar el ambiente de crispación en los territorios de la Monarquía. Su intención parece ser que no era otra que la de reforzar la autoridad de Madrid recortando de esta manera los fueros del reino aragonés en beneficio del poder real²⁹. Observamos cómo la Corte reforzó un plan centralizador del poder en la figura del monarca iniciado durante el reinado de Fernando el Católico. La decisión de enfrentarse a determinados usos y modos de entender los fueros aragoneses no era sino una clara muestra de ello. Sin embargo, la monarquía venía desarrollando desde hacía tiempo esta política y serían estas circunstancias las que más alteraciones iban a producir en el seno de las élites políticas navarras. Hay que tener en cuenta que no habían transcurrido más que ochenta años desde la conquista de Navarra por parte de la Corona castellana y este recorte de fueros en Aragón podía dar lugar a una gran crispación en el reino vecino, defensor a ultranza de su propia personalidad jurídica frente a Castilla³⁰. Felipe II, en previsión de que todo este clima político enrarecido pudiera seguir alterando la paz, no dudó en avanzar con su comitiva por Navarra con el fin de renovar el juramento del príncipe heredero don Felipe celebrado en Pamplona en 1586 entre las Cortes del Reino y el Virrey de Navarra, Francisco Hurtado de Mendoza, marqués de Almazán³¹. Pretendía así el monarca poner orden en el organigrama institucional navarro y fortalecer en la medida de lo posible su figura.

El monarca, según Jehan Lhermite, aceleró la marcha hasta llegar a la casa de recreo de un gentilhombre, el caballero Juan de Cruzat, sita en Óriz cerca de Noáin. Y así, el día 20 de noviembre el virrey y tres mil hombres de armas de Navarra le aguardaban de forma amistosa con lanzas, arcabuces y caballos ligeros situados junto a la tienda principal para celebrar el besamanos. Fueron pasando ante el monarca el virrey don Martín de Córdoba y Velasco, el obispo cardenal Bernardo de Rojas Sandoval y su clerecía, los prohombres de la región y, cómo no, los jurados de la ciudad³². Vestían lujosas ropas largas de terciopelo negro hasta los pies con forro de damasco carmesí y contraforro de paño de Roncal azul. Los vestidos estaban tejidos con hilo rojo y presentaban pasamanos de oro y plata así como una caperuza azul con adornos de seda blanca. Con este lujo la comitiva se acercó al ya mencionado paraje de la Taconera para la entrega de las llaves de la ciudad. La capital no dudó entonces en volver a mostrar su propia personalidad e hizo portar entre todos esos vecinos una bandera de seda con las armas de la ciudad y el león de su escudo bordado en oro y plata.³³ Hecho el recibimiento y pasada revista a la tropa, como nos cuenta Juan de Zozaya, el Rey

se encaminó a la ciudad: "en coche que tiraban seis caballos blancos. El príncipe y la infanta venían en la proa o delantera del coche y el Rey en la parte de atrás con mucha llaneza de vestidos. Los regidores de la ciudad llevaban el palio, que era muy rico brocado y con armas del Reino"³⁴. Al enfilear las calles de la ciudad rodeado de acheros en dirección a la catedral, el monarca atravesó tres arcos conmemorativos diseñados expresamente para la ocasión bajo los sonos del tambor y los pífanos. La elaboración del arco estuvo dirigida por el oficial fustero principal Pedro Morete y la decoración pictórica corrió a cargo de nueve pintores encabezados por Juan de Landa. El primer arco exponía el retrato del Rey al óleo y los siguientes mostraban diferentes alegorías e iconografías de las cuales no hemos encontrado descripción alguna. Estos arcos se dispusieron por ello en lugares estratégicos del recorrido. El primero de ellos junto al Hospital de San Fermín, el segundo en el lugar de la casa del Condestable y el tercero en las esquinas de las casas de los señores don Gabriel Amaza y don Pedro de Ortiz³⁵.

El domingo 22 de noviembre de 1592, tras haber ya visitado el monarca las fortificaciones de la ciudad, acudió a la celebración del juramento en la catedral. Todos los grandes del Reino que ocupaban asiento, los diputados de las villas y los miembros de las Cortes navarras recibieron al rey en el templo³⁶. Ya dentro, el sucesor sería jurado ante las Cortes, el obispo, el Prior de Roncesvalles y el deán de Tudela³⁷. La ceremonia fue sumamente sobria y su visita en esta ocasión no supuso ninguna modificación en el organigrama de la Iglesia. Observamos que en general se mantiene una actitud relajada por parte del Reino y como ya se comentó, quizá sea debido a la respuesta enérgica que había tenido el monarca con los disturbios aragoneses. En cualquier caso el 24 de noviembre la comitiva real ya marchaba a través de la merindad de Olite, deteniéndose solamente a reposar en Barásoain en la casa natal del doctor Martín de Azpilicueta, antes de emprender rumbo a Tarazona. Su salida de Navarra discurriría sin ningún altercado a excepción de su escala en Tudela, donde la compañía real tuvo que emplear la fuerza para lograr su alojamiento en mesones y otro tipo de casas, debido a que estando ya prevenidos de su llegada, todos los alojamientos fueron ocupados por personas particulares. No obstante, las autoridades salieron a recibirlos bajo palio y encendieron luminarias por las calles con una buena representación de ciudadanos que mostraban banderas desplegadas³⁸. De esta manera tan precipitada concluyó la visita del Rey y de sus hijos al Reino de Navarra. Sus *Brazos*, mediante la carga simbólica que impuso al ceremonial, intentaron dejar clara su adhesión al monarca y a su heredero, aunque no sin matizar en cualquier caso su singularidad propia dentro de la Monarquía hispánica.

El símbolo y su significado estuvo también presente en la lucha de intereses entre los diversos actores que convergieron en el ceremonial de entrada del año 1646, durante los sangrientos años de las Guerras de Cataluña (1640-1652). La Corte de Felipe IV veía venir la plena decadencia de la dinastía de los Austrias. No obstante, no dudó en presentarse a sí misma, tanto en el exterior de palacio como dentro del mismo, como una poderosa máquina de estado. Esta imagen quedó edificada gracias a la figura del Conde-duque de Olivares. Ante las Guerras de Cataluña, las de Portugal, la disolución del imperio y el pulso continuo contra la Francia borbónica, se optó por la exhibición del poder real. Debemos pues, buscar el significado interno de toda ceremonia indagando en el mensaje de su organización y en las diferentes formas de participación que cada colectividad tuvo en el desarrollo de la misma³⁹.

Comenzando el mes de marzo de 1646, Felipe IV comunicó al Virrey, Obispo y Capitán General de Navarra, Juan Queipo de Llano, su intención de partir el día 15 de ese mismo mes hacia Pamplona⁴⁰. El Consejo de Navarra se reunió con objeto de disponer todo lo necesario para tal evento, organizando la intendencia y la búsqueda de alojamientos. Dispuesto ya todo, el Regimiento de Pamplona comenzó a organizar los festejos al gusto de Felipe IV: 'fiestas de la sortija', una corrida de toros, gigantes, danzas de Tudela y Estella, juglares rodeados de salteiros y gaiteros, juego de cañas, fuegos de artificio y teatro. Entre todos estos preparativos se puede destacar el deseo de defender la personalidad del Reino ante las pretensiones del nuevo régimen político de la Corte. Éste aspiraba a consolidar la figura única y absolutista del Rey, lo cual creaba desconfianza en Navarra. En cuanto a la defensa de los privilegios del Reino de Navarra, tras observarse que los Maceros y Reyes de Armas no mostraban las armas de Navarra en los pendones y estandartes, las Cortes se quejan y exigen que se pongan las cadenas tras la enseña de Castilla en buen lugar⁴¹.

Tras partir hacia Pamplona desde Tudela, el 23 de abril la comitiva bordeó la Ciudadela donde se escucharon 120 cañonazos. Se presentaron las autoridades para ofrecer el besamanos al monarca en su carruaje, entrando de uno en uno según el orden de preferencias. Media hora más tarde daba comienzo la ceremonia en el Campo del Arenal, junto a la puerta de San Lorenzo. En la Taconera la esperaba el Alcalde D. Alonso Vélaz de Medrano y Navarra, junto con el Regimiento. La puerta mostraba el escudo de armas del Reino realizado por Lucas Pinedo, signo inequívoco de la consideración que tenía la propia capital de ser puerta del reino. Se mostraba una vez más la imagen diferenciada del mismo con respecto al resto de los territorios de la Corona española. El Consistorio había dispuesto también cómo se debía realizar el recibimiento⁴². Y así se hizo. Tras oír la arenga del Regidor de cabo de burgo, D. Joseph de Lizarazu, el regidor del Burgo de San Cernin, Miguel Daoiz, le entregó las llaves de los seis portales: tres doradas representado la riqueza y tres bruñidas como signo de fortaleza. El rey se las devolvió y éste se las dio al secretario. Tras ellos, los Regidores asieron las varas del palio y el trayecto comenzó con el monarca a caballo, precedido del trompeta de la comparsa del Condestable del reino ayudado de tres trompetas más. En ese momento el Sr. Echauri apareció con 59 acheros, mientras que desde el balcón de las Blancas pendían cincuenta luminarias, igual que en el de Regidores. Además, para el recorrido se había alzado una figura de roble, vestida notablemente, pero la documentación nos priva de saber qué o a quién representaba tal tramoya. Enfilaron por la calle Mayor, que presentaba todas las casas con las ventanas colgadas de damascos y tapices, dirigiéndose a la Catedral formando una vistosa comitiva. Le precedían la Guardia alemana y la española (treinta soldados por cada una), los Acheros de Corps, Reyes de Armas y los trompetas de Su Majestad. El Rey dentro de la ciudad era resguardado por un escuadrón de 400 arcabuceros en ochenta filas de cinco, vecinos todos de la ciudad, lujosamente ataviados con el pendón de guerra de Pamplona. Por las calles por donde trascurría esta fastuosa comitiva se difundían pregones a los pamploneses que mostraban diferentes iluminarias. Ya en la Catedral les esperaban el Obispo, revestido de pontifical, y el Cabildo. El Rey bajó del caballo en el cementerio de la Catedral, y pasó al pórtico, donde se colocó en un sitial. Allí el obispo le dio a adorar la cruz, y marcharon en procesión por la parte de la capilla de Santa Catalina mientras la Capilla de la catedral y la Capilla Real

cantaban el *Te Deum*. Se escuchó también un motete a varias voces, y el obispo dijo sus oraciones tras el toque de las chirimías de la Iglesia, reforzadas en esta ocasión con las de Santo Domingo de la Calzada. Concluido este acto, el séquito real, el Monarca y el Príncipe se dirigieron al palacio a caballo bajo el extraordinario palio. Allí acudirían seguidamente las autoridades a ofrecerle el besamanos bajo un dosel. Los presidentes de los tres brazos del reino fueron los últimos en acercarse. Los días siguientes fueron sucediéndose los diferentes actos organizados entorno a la celebración del juramento.

El mal momento político y económico queda bien reflejado durante el transcurso del viaje real. Su análisis permite ver cambios profundos en el diálogo entre la Corte y Navarra. Todo ello derivará en una tensión de intereses, observable entre las diferentes colectividades que intervinieron en la ceremonia y que sería oportuno analizar. Podemos comparar este viaje real, cargado de profundos problemas en el marco de la guerra, con el recibimiento de Isabel de Valois en 1560, donde se le da conocer, sin reparar en gastos, la personalidad del reino en el seno de la Monarquía. Sin embargo, a mitades del XVII se vivían tiempos de crisis política y económica como nos muestran las diferentes actitudes que ante tal situación, y en defensa de su posición y privilegios mantienen distintos interlocutores en el transcurso de la preparación y celebración del festejo real⁴³. Se observa también una renovación de la figura y el lenguaje de la monarquía. La concepción más unitaria del Estado y el deseo del Rey de sobreponerse a las voluntades de los reinos con una centralización del poder llevó a la guerra en Cataluña. Se asiste también a un cambio con respecto al siglo XVI en la concepción de los términos 'comunidad' y 'reino'. Ésta se había transformado y ahora sólo se podía entender como 'cabeza de la comunidad navarra' a Pamplona, ya que la administración de los enclaves históricos de la monarquía española giraba, parece ser, hacia un control más efectivo y directo por parte de la Corona. Por ello, el Rey decidió otorgar preferencia a Pamplona. Un siglo antes no hubo problema alguno para celebrar visitas reales tanto de Carlos V como de Felipe II a Estella con todo boato sin que esto pudiera suponer una ofensa al prestigio de la capital⁴⁴. Sin embargo, ahora el marco administrativo parecía estar siendo agilizado en parte por las imperiosas necesidades que gestaban las necesidades del momento.

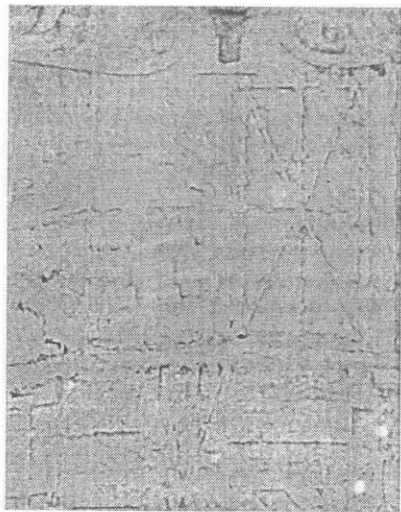
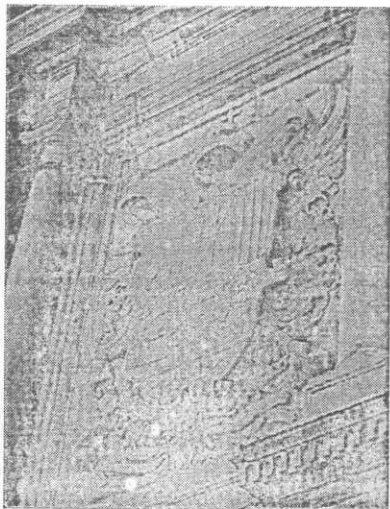
Carmelo Lisón opina que mediante este tipo de ceremonias el Rey, el Reino (representado por sus Cortes), el obispo y la Ciudad se constituían en garantes del orden social⁴⁵. Por tanto, debemos buscar el significado interno de toda ceremonia indagando en el mensaje de su organización y en las diferentes formas de participación que cada colectividad tuvo en el desarrollo de la misma⁴⁶. Sólo de este modo, según Pierre Bordieu, se puede entender la comunicación y el lenguaje (ya sea gráfico o hablado) como un medio de construcción social dentro de un sistema ritual de institución⁴⁷. En cualquier caso, podemos concebir la ceremonia como un medio de sociabilidad, y en el caso que nos trae aquí, de sociabilidad institucional, donde el símbolo era trasmisor del mensaje y recordatorio de la memoria colectiva. Para el historiador José Luis García *"todo ritual está marcado por un guión que no sólo lo hace singular, sino que lo diferencia claramente de otros. Por otra parte, las personas intervienen en ellos como sujetos sociales. Y por último, como podemos deducir de la doble interpretación del guión por parte de los oficiantes y de los participantes... cabe reflexionar*

*sobre el sentido de la propia representación. Estas tres cuestiones pueden plantearse genéricamente ya que son esenciales en cualquier proceso ritual*⁴⁸.

Bibliografía

- Andrés, Rosana. (1984), "Las 'entradas reales' castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época", *En la España Medieval*, vol. 4, pp. 47-62
- Bordieu, Pierre. (1993), "Los ritos como actos de institución" en Pitt Rivers, J. G. (ed.), *Honor y gracia*, Madrid, Alianza, pp. 111-123.
- Bouza, Fernando. (1997), "El rey a escena. Mirada y lectura de la fiesta en la génesis del efímero moderno", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV. Historia Moderna*, vol. 10, pp. 33-52
- Burke, Peter (1991), *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, Gedisa.
- Cock, Enrique. (1879), *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592. Edición de Alfredo Moret-Fatio y Antonio Rodríguez Villa*, Madrid, M. Tello.
- Coloma, Virginia (1995), "Navarra y la defensa de la monarquía en los reinados de Felipe II y Felipe IV (1594-1665)", *Príncipe de Viana*, vol. 204, Pp. 163-182.
- Elliot, John y La Peña, José (1978), *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares*, Madrid, Alfaguara.
- Fernández, Ricardo (1998), "El túmulo de Felipe II en la catedral de Pamplona", *Felipe II y las Artes. Actas*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 453-64.
- Floristán, Alfredo (1991), *La monarquía española y el gobierno del Reino de Navarra, 1512-1808: comentario de textos históricos*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación, Cultura y Deporte.
- Floristán, Alfredo (2003), "Las alteraciones de Pamplona de 1592", *Studia Historica: Historia Moderna*, vol. 22, pp. 19-20.
- Gallastegui, Javier (1990), *Navarra a través de la correspondencia de los virreyes (1594-1648)*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- Gallastegui, Javier (1991), "D. Miguel de Iturbide y Navarra en la crisis de la monarquía hispánica (1635-1648)", *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 11, Pp. 177-194.
- Gárate, Justo (1979), "Viaje de Felipe II por la Rioja y Navarra en 1592", *Príncipe de Viana*, vol. 70, pp. 429-444.
- García, José. (1952), *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVI*, Aguilar, Madrid, pp. 1438-1439.
- González, David. (ed.) (2002), *Ritos y ceremonias en el mundo hispano durante la Edad Moderna: Actas del Segundo Encuentro Iberoamericano de Religiosidad y Costumbres Populares*, Huelva, Universidad de Huelva.
- Gofñi, José (1985), *Historia de los obispos de Pamplona, Siglo XVI*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana y Eunsa.
- Idoate, Florencio (1966) "Paso de Carlos V y Felipe II por Estella", *Rincones de la Historia de Navarra*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, vol. II, pp. 21-26.

- Idoate, Florencio (1981), *Esfuerzo bélico de Navarra en el siglo XVI*, Pamplona : Diputación Foral de Navarra.
- Jarque, Encarna. y Salas, José Antonio (eds.) (1991), *La alteraciones de Zaragoza en 1591*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza.
- Jover Zamora, José M^a (1950), "Sobre los conceptos de Monarquía y Nación en el pensamiento político español del siglo XVII", *Cuadernos de Historia de España*, vol. XIII, pp. 101-150.
- Lisón, Carmelo (1991), *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Miranda, Fermín y Ramírez, Eloisa. (1996), "De la cronística finimiedieval a los 'Anales del Reino'" en Ángel Martín Duque (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, vol. I, pp. 51-60.
- Muir, Edward. (1997), *Ritual in early modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Orcástegui, Carmen (1978), *La Crónica de los Reyes de Navarra del Príncipe de Viana : estudio, fuentes y edición crítica*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Orduna, Pablo (2002), "El juramento de fidelidad del Príncipe Baltasar Carlos en Pamplona: interpretación, estructura, imágenes, fin", en Erro, Carmen y Mugueta, Iñigo (eds.), *Grupos sociales en Navarra. Relaciones y derechos a lo largo de la Historia. Actas del V Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona, Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, Editorial Eunate, pp. 283-296.
- Rodríguez, Rodrigo (1991), "Navarra y la Administración central (1637-1648)", *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 11, pp. 149-176.
- Strong, Roy. (1988), *Arte y poder: fiestas del Renacimiento 1450-1650*, Madrid, Alianza.
- Usunáriz, Jesús M^a. (1999), "Símbolos e identidad: la visita de Isabel de Valois a Pamplona (1560)" en Agustín González Enciso, Jesús M^a Usunáriz Garayoa (dirs.), *Imagen del rey, imagen de los reinos: las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*, Pamplona, Eunsa.
- Vázquez de Prada, Valentín. (1993), *Las Cortes de Navarra desde su incorporación a la Corona de castilla. Tres siglos de actividad legislativa*, Pamplona, Eunsa.



Figuras 1 y 2: Escudo imperial, 1553 (portal de Zumalacárregui)

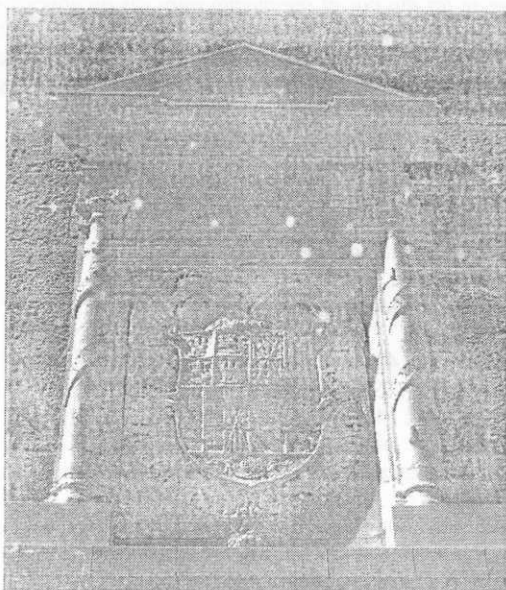
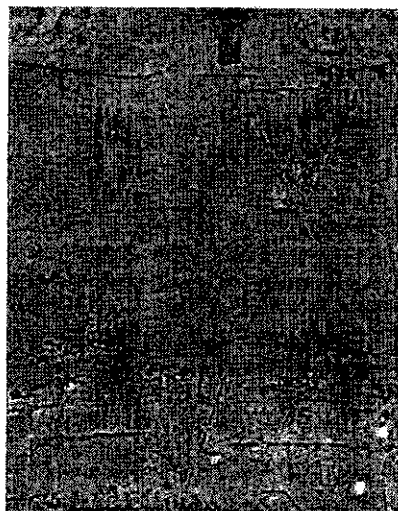


Figura 3: Escudo imperial (pórtico del palacio del virrey en Pamplona)



Figuras 1 y 2: Escudo imperial, 1553 (portal de Zumalacárregui)

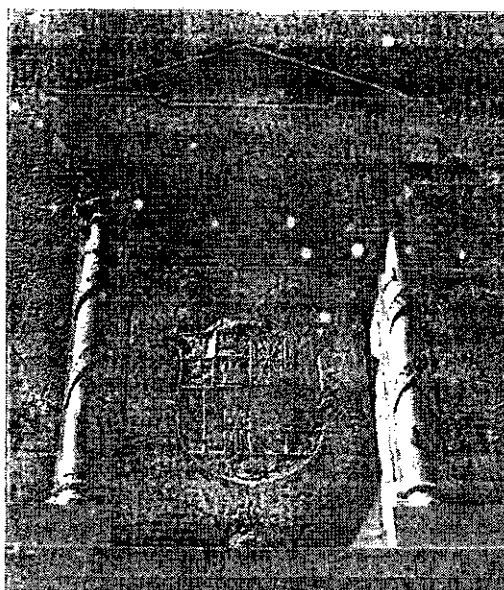


Figura 3: Escudo imperial (pórtico del palacio del virrey en Pamplona)

Notas

- ¹ Departamento de Historia, Universidad de Navarra. porduna@alumni.unav.es
- ² Texto editado y comentado por Jover Zamora, J. M^o. (1950), pp. 138-139. Manuscrito localizado en la Biblioteca Nacional, Ms. 11306, fols. 180-217
- ³ Rodríguez, R. (1991), p. 149 y ss. y Elliot, J. y La Peña, J. (1978), vol. I, pp.37-100.
- ⁴ Usunáriz, J. M^o. (1999), p. 117.
- ⁵ Strong, R. (1988), p. 20.
- ⁶ Bouza, F. (1997), p. 40.
- ⁷ Muir, E. (1997), p. 230.
- ⁸ Usunáriz, J. M^o (1999), p. 118.
- ⁹ Idoate, F. (1981), pp. 68-69.
- ¹⁰ Usunáriz, J. M^o (1999), p. 118.
- ¹¹ Floristán, A. (1991), pp. 101-102.
- ¹² Usunáriz, J. M^o. (1999) pp. 119-120.
- ¹³ Floristán, A. (1991), p. 95.
- ¹⁴ Merece la pena destacar que los regidores no dudaron en tomar las medidas necesarias para impedir cualquier actuación de los opositores a la corona castellana y aún partidarios de la dinastía Albret. El 12 de enero de 1560, por acuerdo municipal, se ordenó “*que todos los vecinos y moradores desta ciudad que dejaron de salir por infantes con la bandera desta ciudad, pudiendo salir sean presos y castigados. Y para que se sepa quienes son, que los mayoresales [de los] barrios trayan al regimiento por mañana sábado a la una hora después de medio[día] la lista de los soldados vecinos y moradores de sus barrios que salieron con la dicha bandera y de los que no salieron, y la lista de a quiénes repartieron la pólvora que se les dio por el regimiento para los arcabuceros que habían de ir con la dicha bandera y que los nuncios lo hagan saber luego*”. Archivo Municipal de Pamplona (AMP), Libro de Consultas, 1, fols. 195r-195v. Serían dos vecinos los encarcelados en su domicilio bajo pena de 200 ducados hasta que no fuera revisada su situación por el regimiento. *Ibíd.*, fol. 120r.
- ¹⁵ Idoate, F. (1966), pp. 22-24 y Usunáriz, J. M^o (1999), p. 124.
- ¹⁶ Usunáriz, J. M^o. (1999), pp. 128-129.
- ¹⁷ Usunáriz, J. M^o. (1999), pp. 129-130.
- ¹⁸ Usunáriz, J. M^o. (1999), pp. 117-154.
- ¹⁹ Usunáriz, J. M^o. (1999), pp. 135-136.
- ²⁰ Usunáriz, J. M^o. (1999), pp. 137-138.
- ²¹ Usunáriz, J. M^o. (1999), p. 139.
- ²² Orcástegui, C. (1978), p. 98.
- ²³ Usunáriz, J. M^o. (1999), p. 140.
- ²⁴ Miranda, F. y Ramírez, E. (1996, I), p. 53.
- ²⁵ Usunáriz, J. M^o. (1999), pp. 143-144.
- ²⁶ Usunáriz, J. M^o. (1999), pp. 144-146.
- ²⁷ El viaje de Felipe II a Navarra de 1592 y los preparativos de dicha entrada real en Pamplona fueron expuestos en el congreso *Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico. Siglos XVI-XVIII* celebrado en la Universidad de Sevilla en 2003, bajo el título: *Venida de Felipe II a Pamplona (1592) según el texto inédito de Juan de Zozaya, abad de Olloqui*.
- ²⁸ Cock, E. (1879), p. 5. En el caso que nos atañe, gracias a la noticia histórica de Juan de Zozaya, párroco de la localidad navarra de Olloqui, intentaremos apreciar el juego de roles y la reafirmación de los mismos entre una comunidad histórica y su gobernante. Hasta este momento sólo tenemos constancia de este texto en el trabajo que sobre el túmulo funerario de Felipe II, levantado por la ciudad de Pamplona en su catedral en las exequias del rey, realizó el profesor Ricardo Fernández (1998), pp. 453-64. La narración se encuentra en el Archivo Diocesano de Pamplona (ADP). Libros parroquiales. Libro de Diezmos de Olloqui: “Venida del Rey don Phelippe Nuestro Señor a este su Reyno de Navarra”, por don Juan de Zozaya abad de Olloqui (Cap. 41, lib. 3, fol. 23).

- ²⁹ Jarque E. y Salas, J. A., (1991).
- ³⁰ Floristán, A., (2003), pp. 22-28.
- ³¹ AMP Cortes Generales del Reino de Navarra, leg. 1, nº 1, Juramentos de reyes.
- ³² García, J. (1952), pp. 1438-1439.
- ³³ AMP, Asuntos Regios. Festejos Reales (1519-1789), leg. 5, nº 6, Cuentas de los gastos ocasionados en los festejos de la venida de S. M. el Rey Felipe II a Pamplona, día 23 de noviembre de 1593.
- ³⁴ Era un palio tejido en tela de oro azul dorada y blanca con los escudos bordados sobre rojo carmesí de lienzo en oro de Milán. El uso del palio o dosel se nos muestra como elemento indiscutible para remarcar el poder regio, de manera que su uso puede ser interpretado como la principal referencia simbólica a la soberanía regia puesta en escena en estos actos. Andrés, R. (1984), p. 54.
- ³⁵ Posteriormente, al retirarse toda la parafernalia de los fastos reales, acabarían siendo alojados en las salas de la Casa del Regimiento, quizá como memorandum de lo ahí acaecido. AMP, Asuntos Regios. Festejos Reales (1519-1789), leg. 5, nº 6, Cuentas de los gastos ocasionados en los festejos de la venida de S. M. el Rey Felipe II a Pamplona, día 23 de noviembre de 1593.
- ³⁶ Gárate, J. (1979), p. 439.
- ³⁷ Goñi, J. (1985), t. IV, p. 636 y Vázquez de Prada, V. (1993), p. 387.
- ³⁸ Cock, E. (1879), pp. 72-74.
- ³⁹ Burke, P. (1991).
- ⁴⁰ Orduna, P. (2002), pp.283-296.
- ⁴¹ No obstante, en las figuras que se muestran al final de este trabajo podemos observar tres escudos imperiales situados en lugares preeminentes de Pamplona, el Portal de Francia (1553) y el del Palacio Real, donde las ramas navarras comparten lugares de importancia con las de Castilla, Aragón y otros territorios de la Monarquía.
- ⁴² Relación de los festejos ejecutados en la Ciudad de Pamplona con motivo de la venida de S. M. el Rey D. Felipe IV a Pamplona. Festejos reales, asuntos regios, Archivo Municipal de Pamplona, Legajo 5, Cap. 14
- ⁴³ Floristán, A. (1991), Gallastegui, J. (1990) y (1991), pp. 177-194, Coloma, V. (1995), pp. 163-182.
- ⁴⁴ Idoate, F. (1966), pp. 21-26
- ⁴⁵ Lisón, C. (1991).
- ⁴⁶ Burke, P. (1991).
- ⁴⁷ Bordieu, P. (1993), pp. 111-23.
- ⁴⁸ González, D. (2002).

